

Los medios de comunicación ante el reto de construir la paz

El espejo del debate

Luis Carlos Díaz*



El conflicto político en Venezuela sigue atrapado en campos minados como la relación entre el Gobierno y los medios de comunicación en rol crítico e independiente

A pesar de que la avanzada gubernamental se desarrolla en diversos ámbitos, para el área comunicacional se plantea hace años una *hegemonía mediática* que ha implicado el cese de transmisiones de algunos emisores y la neutralización de otros por la vía de la autocensura o el reacomodo de grupos económicos. Esto se traduce en un mayor empobrecimiento del derecho que tiene la gente a recibir una información diversa y balanceada.

La polarización política, que es la fragmentación de los imaginarios sociales y la división de las percepciones sobre la realidad hasta llegar a puntos contradictorios o incluso proclamados como irreconciliables, tuvo en los medios de comunicación y el ejercicio periodístico una serie de excesos y perversiones en años anteriores. Se abusó del poder de la prensa para aumentar la conflictividad en el país. Sin embargo el mapa de propiedad de medios, contenidos y líneas editoriales ha cambiado sustancialmente. Pareciera que la consabida procura del socialismo de apropiarse de los medios de *producción*, en Venezuela ha optado también por los medios de *significación*. Por eso buena parte de nuestro conflicto es simbólico, atrincherado en *declaracionitis* y con cada vez más gasto público en medios del Estado que no proveen un servicio público plural y de acceso democrático.

Sin embargo, si desde el periodismo se pudo influir negativamente en la situación nacional, ¿basta con retomar los cauces de la prensa aséptica para resarcir el daño o es conveniente asumir el rol de *actor social* y desde allí construir salidas creativas al conflicto? Las respuestas son múltiples porque se apela a las prácticas periodísticas y al papel público de la prensa en la búsqueda de la verdad, porque es incómoda. Sobre esto abunda la teoría, pero hay pocos intentos por incorporar el rol de constructores de paz que pueden llevar adelante los medios de comunicación.

PERIODISMO DE PAZ

La prensa en sí misma no es una creadora de paz tangible, sobre todo cuando se habla de la paz estructural que implica justicia, resolución de desigualdades económicas, sociales y políticas, más allá del cese al fuego y la violencia. Sin embargo el periodismo sí es un gran vehículo visibilizador de buenas experiencias. Es un sistematizador y acompañante de procesos de transformación social, a la vez que un catalizador de opinión pública. Quizás se le exige mucho a los medios, cuando el oficio refiere por lo general a trabajadores de la información subpagados para narrar a diario lo que ocurre en el mundo de una manera si no objetiva, al menos honrada. Pero también por otro lado se espera que esos profesionales de la comunicación sean los encargados de narrar, entretener y amalgamar las sociedades dispersas y complejas en las que vivimos actualmente.

La construcción de un periodismo de paz pasa por ampliar la agenda de temas, enriquecer las listas de actores políticos y sociales que son fuentes de información, y abrir el acceso de distinto públicos al hecho informativo. Mayor democracia en medios muestra una imagen más parecida a la sociedad de la que intenta ser espejo. En este sentido la creación de comités de usuarios de medios no ha resultado como se esperaba en 2004, tampoco el ingreso de productores nacionales independientes, y tal vez el rol de los medios alternativos y comunitarios no se completará hasta que no logren su propia autonomía.

Enfrentar la polarización desde los medios no significa darle espacio a los dos *discursos únicos* que imperan en el debate, mucho menos cuando se trata de perspectivas no dialogantes y contradictorias. La salida es más bien contextualizar esas visiones con las de otros actores de la gama intermedia, contrastando con leyes, códigos, y principios de derechos humanos, que son consensos sociales útiles de apelar como espacio de encuentro. Contra esos muros de ciudadanía choca el propagandismo y el lenguaje de los voceros políticos.

LA CAPACIDAD DEL PERIODISTA

Aunque no parezcan *comerciales* ni llamativas en titulares, las propuestas de paz empiezan a tener sentido cuando un periodista se esfuerza por profundizar en el conflicto. El periodista autónomo, intelectual orgánico de su área de trabajo, se entiende como un servidor público y por eso puede resistir mejor las restricciones de las fuentes y la autocensura dentro del medio. Un riesgo enorme del profesional de la prensa es hacerse cómplice de las fuentes aunque eso signifique mayor confianza y acceso a más datos. Al final la fuente interesada pudiese cata-

pultarse en la prensa servil exagerando el conflicto a placer.

Teóricos como Jake Lynch, Annabel McGoldrick y Johann Galtung otorgan al periodista que se mueve en contextos conflictivos la potestad de hacer análisis del conflicto: identificar a los actores en pugna con sus acciones, intereses y proyecciones dentro del mismo entorno. El periodista de paz apuesta por los múltiples focos y por lo tanto es abierto a las salidas creativas y constructivas sobre la coyuntura. No se trata de forzar la tinta para plasmar una realidad más bonita, sino profundizar el rol de altavoz de las partes para colaborar en que, al menos desde el discurso público, se logre desarmar el verbo.

En el lenguaje de la prensa es recomendable concretar siempre los términos que conllevan significados que quizás no son *comunes* para todos, como *masacre*, *tragedia* o *abuso de poder*, según apunta María del Carmen Gascón en su libro *Comunicando Paz*. En Venezuela podríamos agregar que a fuerza de mal uso han mutado de significado palabras como *fascismo*, *régimen*, *golpista* y *burguesía*.

El periodista español, Ramón Lobo, decía al cubrir las elecciones en Afganistán que “ya no somos inocentes, si es que alguna vez lo fuimos, ahora somos parte del conflicto”. Y ese conflicto como proceso nos exige buscar a sus víctimas directas e invisibles, que por lo general están fuera de cámara. Y sobretodo alertar los efectos psicológicos y estructurales que luego podrían dificultar la reconstrucción, como por ejemplo la anomia, la deshumanización y el aumento de la crueldad en los crímenes.

MÁS QUE LO INFORMATIVO

También el resto de los espacios de entretenimiento en un medio pueden darle más riqueza a su procura de paz. Nada demuestra que haya vinculación directa entre la violencia en películas y series y violencia callejera, pero ¿cuánto ayudaría ver también otro tipo de historias que no necesariamente deben ser aburridas con monsergas que rebosan de moral? Los valores no se transmiten en un programa sobre valores, sino que deben estar amalgamados al ADN de los personajes en pantalla, sin ser obvios. La producción nacional vive en esto una pobreza enorme de guiones, que sufren los consumidores. En el tiempo de las audiencias críticas, los medios pueden incentivar la paz al tejer redes que los empoderen del debate público. Al menos el discurso será menos repetitivo.

*Miembro del Consejo de Redacción de SIC.